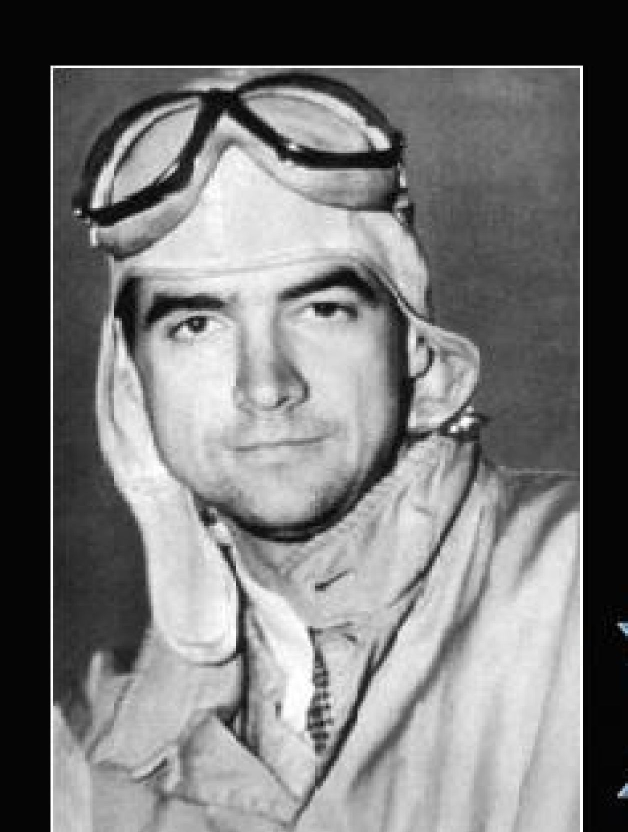


Nº: 281

CESAR MARTIN

Howard Hughes



Vistámonos de gala para recibir a uno de los seres más diabólicos que han pisado la Tierra. Lo que viene a continuación es, por decirlo de alguna forma, como fusionar las historias de **Frank Sinatra** y **Aleister Crowley** en una única odisea humana (inhumana, en realidad), en la que la degradación y la decadencia triunfan por K. O. absoluto. Un drama con víctimas célebres (**John Wayne**, **Susan Hayward**…), escándalos políticos legendarios (Watergate), mucha carroña sexual, derroches económicos espectaculares, excentricidades delirantes y una megalomanía que no ha sido igualada por nadie en años recientes. Con todos vosotros, nuestro anfitrión para esta extraña y tenebrosa cita: **Howard Hughes**. Magnate multimillonario, héroe aéreo, fornicador malabarista, amo y señor de las vidas de sus protegidos, desestabilizador de gobiernos, víctima de los ataques de insectos y gérmenes, y recluso voluntario entregado al consumo de galletitas de chocolate y a la conservación de su propia orina en cápsulas de cristal.

César Martín

Howard Hughes

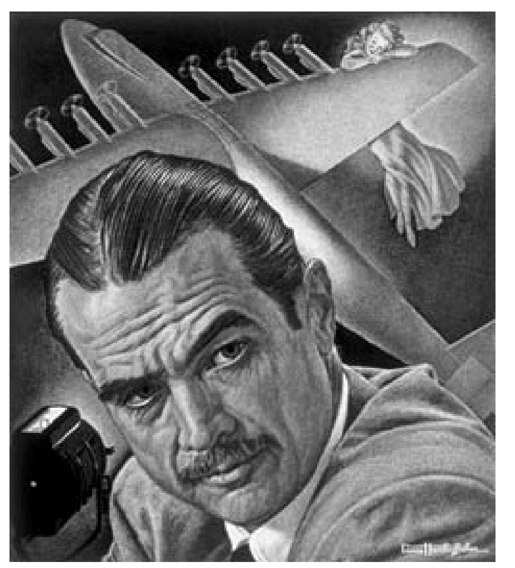
NO ME JUDAS SATANAS!! - 281

ePub r1.0
Titivillus 03.12.2022

Título original: *NO ME JUDAS SATANAS!!, publicado en Popular1 #281, marzo de 1997*
César Martín, 1997
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





Pocas vidas tienen un atractivo tan perverso como la de **Howard Hughes**. Frente a su historia, cualquier relato de excesos protagonizado por una estrella rockera o cinematográfica se queda en nada. Él era tan vicioso y depravado como el rockstar más salido de madre, tan corrupto y ambicioso como el mayor cerdo político, tan amoral y manipulador como el peor de los predicadores… Pero además, disponía de un respaldo económico monumental: millones de dólares destinados a satisfacer sus vicios y sus caprichos. Y por si todo eso no fuese suficiente, encima tenía una habilidad tremenda para fabricar más dinero. Este increíble ser sin conciencia ni moral de ninguna clase, vivió diez vidas en una. Y también sufrió como un perro, pero cuando empezó el mal rollo, nuestro **Howard** ya había disfrutado la existencia de un verdadero privilegiado, de una especie de semi-dios terrestre, con licencia para hacer lo que le viniese en gana.

Todos los aspectos de su vida tienen un morbo descomunal. Empezando, claro está, por su legendaria promiscuidad. Estamos hablando de un tipo que mantuvo romances con **Gene Tierney**, **Yvonne de Carlo**, **Bette Davis**, **Marlene Dietrich**, **Cary Grant**, **Ginger Rogers**, **Olivia de Havilland**, **Katharine Hepburn**, **Randolph Scott**, **Lana Turner**, **Ida Lupino**, **Susan Hayward** y **Carole Lombard**, entre muchísimos otros trofeos de caza. En los tiempos en que Hollywood era un verdadero mercado de carne, **Howard** fue

uno de los mayores compradores de género. Adquiría cada nueva pieza cuando aún no había tenido tiempo de degustar la anterior. Muy pocas estrellas se le resistieron. **Robert Taylor**, pese a ser bisexual y también muy promiscuo, pasó de él. Y **Ava Gardner** dejó que la cortejara, pero nunca le permitió que le pusiese la mano encima. Son ejemplos muy puntuales, extrañísimas excepciones. Otras muchas presas, sin embargo, cayeron rendidas ante él: unas cegadas por su aura de héroe americano; otras por su dinero y su inmenso poder. La leyenda sexual de **Howard Hughes** daría de sí para llenar un NMJ entero, pero su existencia no se redujo sólo a eso. De hecho, en la segunda mitad de su vida no hubo nada de sexo, pero la lista de anécdotas escabrosas no sexuales también resulta apabullante.



En sus años jóvenes, aparte de localizar y dar caza a cuerpos femeninos y masculinos, **Howard** se ganó él solito el título de Héroe Nacional. Ser simplemente multimillonario no le bastaba, también quería pasar a la historia como aventurero infatigable y conseguir un récord mundial. Y lo logró: dio la vuelta al mundo en avión, superó las hazañas del mismísimo **Lindbergh** y volvió a América transformado en el ídolo de miles de niños, el hombre soñado por cualquier mujer y uno de los ciudadanos más populares y

admirados de la nación. Pero su carrera de excesos no había hecho mas que empezar. En los siguientes años destacaría como uno de los magnates cinematográficos más excéntricos del mundo, invirtiendo demenciales sumas de dinero en sus films, usando balas reales en sus pelis de gansters, obligando a los pilotos a volar con niebla en los films bélicos, etc., lo cual se saldó con varios heridos y algunos muertos.

Sin embargo, el mundo del cine pronto se le quedaría pequeño y también quiso controlar compañías aéreas (TWA), ciudades de juego (Las Vegas), satélites espías, fábricas de armas, islas destinadas a entrenar a tropas de la CIA… Y para añadir más broches de oro a su historial, estuvo detrás del escándalo Watergate, participó en un complot para asesinar a **Fidel Castro**, y se relacionó con dictadores como **Batista** o **Somoza**. Y de nuevo, después de hacer este recuento de hechos (las bacanales sexuales, los logros aéreos, las excentricidades cinematográficas, las intrigas políticas, las inversiones multimillonarias), todavía queda otra faceta de su personalidad oculta, quizá el aspecto más inquietante de la existencia de esto hombre: su estilo de vida, sobre todo en sus años de reclusión. El individuo más poderoso de la esfera terrestre encerrado desnudo en una habitación, aterrorizado por los gérmenes y los insectos, aislado de cualquier organismo vivo, caminando sobre cajas de kleenex, orinando en cápsulas de cristal que luego guardaba como si fuesen lingotes de oro, defecando en el suelo y no permitiendo que nadie limpiase sus excrementos, dejando que le creciese el pelo y las uñas de las manos y los pies hasta parecer un verdadero monstruo de feria, aquejado de todo tipo de dolencias, adicto a las drogas duras..

Cuesta creer que el **Howard Hughes** de los kleenex y las cápsulas de meados fuese el mismo **Howard Hughes** de las conquistas aéreas y sexuales; o que el **Howard Hughes** magnate Hollywoodense tuviese algo que ver con el **Howard Hughes** colaborador de la CIA en la causa anti-castrista. Pero así es, nuestro **Howard** estuvo metido en todos esos follones, y salió victorioso de la mayoría de sus batallas. Sólo los insectos, los gérmenes y las enfermedades pudieron con él. Como es lógico, algunas de las docenas de fobias que pusieron de relieve su extraña personalidad en la recta final de su vida, ya empezaron a aflorar en sus primeros años.

Howard fue un *“mama’s boy”* en toda regla. Su madre le protegía de los peligros que acechaban en el mundo exterior, y eso incluía a gérmenes e insectos. Al mínimo indicio de enfermedad, la madre reclamaba la presencia de todo un ejército de médicos. Tras la muerte de sus padres, **Howard** se hizo cargo de la fortuna de su progenitor, que había ganado un dineral

comercializando un brazo de excavadora, diseñado por él mismo, que removía la tierra. **Howard** se puso al frente de la empresa familiar, Hughes Tool Company, con sólo 18 años. Para entonces ya había iniciado su carrera de excesos sexuales —su tío **Rupert** le introdujo en la homosexualidad— y una impresionante lista de fobias y manías que se iría ampliando con el paso del tiempo hasta convertirle en un ejemplar único en su especie. **Howard** no bebía alcohol, traumatizado por el ejemplo de una pariente alcohólica que le agobiaba de niño, y en las fiestas se paseaba con copas de vino para no parecer un bicho raro, pero vaciaba su contenido a escondidas en los lavabos.

Acababa de casarse con una chica de buena familia, **Ella Botts Rice**, pero le parecía inconcebible la idea de hacer sexo con ella; para eso ya tenía a cualquier mujer de la calle. Y se sometía a sí mismo a un régimen de comidas inquebrantable: tres huevos con leche para desayunar, un sandwich para comer justo antes de ir a jugar al golf, galletas de chocolate durante toda la tarde, y una cena que consistía en un bistec de carne y doce guisantes (ni uno más, ni uno menos), y de postre, un helado de vainilla. No era la mejor de las dietas, pero dentro de la cabeza de **Howard**, la vida debía ser así. Como consecuencia de ello, andaba siempre falto de vitaminas, y sufrió un constipado que le duró 70 años; desde su nacimiento hasta su muerte. Otro individuo habría tratado de tomar Vitamina A y C para cortar con los estornudos, las fiebres y demás. Howard no, él se mantuvo fiel a su nefasta planificación alimentaria hasta que dejó este mundo.

La primera gran conquista de **Howard** fue la actriz **Carole Lombard**, famosa es su entorno por ser increíblemente malhablada y por realizar fellatios atómicas. **Howard** nunca buscó verdadero amor en sus romances, y le encantaba tener relaciones basadas solo, como en este caso, en las mamadas. Su introducción en el mundo del cine le llegó de la mano de un proyecto fallido titulado **“Swell Hogan”** (26): el director **Ralph Graves** reclamó su ayuda como productor y **Howard** invirtió algo de dinero, pero cuando el presupuesto se disparó, decidió abandonar el barco y producir la que sería su primera película, **“Two Arabian Knights”** (**“Hermanos de armas”**, 27). Ya en ese film de debut, **Howard** comenzó a abusar de su poder. Obligó a la actriz principal a nadar en un estanque de agua helada, donde la chica estuvo a punto de ahogarse. **Howard** no podía sentirse más excitado, ¡tenía en sus manos un simulacro de “snuff movie”!, ¡podía ver durante horas en su mansión las imágenes de la chica salvando su pellejo por puro milagro en medio de las aguas gélidas! La experiencia le encantó, y se

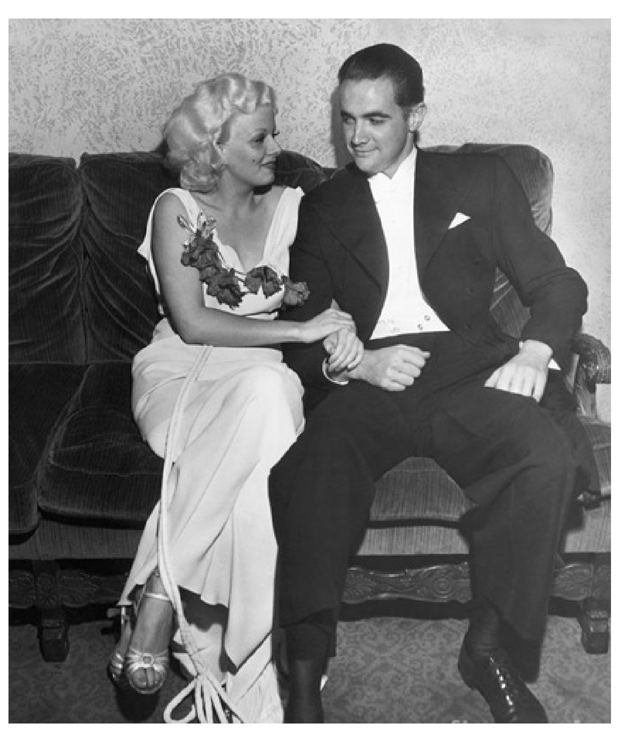
lanzó de cabeza a fabricar sus primeras superproducciones, **“Wings”** (**“Alas”**, 27) y **“Hell’s Angels”** (**“Los ángeles del infierno”**, 30).

Ambos films estaban basados en la aviación, y **Howard** se tomó el trabajo como algo absolutamente personal. Asistió a clases de vuelo, compró 45 aviones, construyó hangares y contrató a un equipo de 35 hombres para ocuparse de los aparatos. El rodaje de **“Wings”** fue más que nada un entrenamiento para su gran proyecto, **“Hell’s Angels”**, en donde depositó sudor, horas de sueño, dinero y mucho esperma. Se sentía como un crío: planificando el rodaje, maniobrando con juguetes de acero y tirándose a mecánicos en los hangares. Le excitaba follarse a tíos heterosexuales que accedían a hacer sexo con él para no perder su trabajo. Esas pequeñas aventuras secretas no le creaban ningún problema, sin embargo, a la hora de relacionarse con mujeres. De hecho, seguía saliendo con **Carole Lombard**, quien por aquel entonces estaba dando sus primeros pasos en Hollywood.

Los rasgos de megalomanía con tintes psicópatas que empezaba a mostrar **Hughes** sorprendieron a su equipo, cuando les comunicó que todos debían trasladarse a Oakland para rodar escenas de batallas aéreas con niebla, algo totalmente innecesario y muy peligroso. Los hombres se instalaron en Oakland y tuvieron que esperar cinco meses (!) hasta que el cielo se cubrió de niebla. Cuando finalmente obtuvo lo que deseaba, **Howard** reinició el rodaje, y gracias a su capricho murieron dos pilotos durante la filmación de diferentes secuencias, a causa de las durísimas condiciones en las que se vieron forzados a trabajar. Ni que decir tiene que ese detalle no le importó lo más mínimo. Para él fueron dos bajas inevitables en una cruzada personal que llegaría a su fin cuando lo creyese necesario. Para **Howard Hughes** no existía la vida y la muerte, los únicos conceptos que comprendía eran Trabajo y Placer, y en lo que respectaba a eso no podía quejarse: **Lombard** le satisfacía cada fin de semana, los mecánicos de sus hangares hacían lo propio en las jornadas laborales, y además acudía a orgías típicas de Hollywood con aspirantes a actrices que se prostituían con la idea de conseguir su primer papel, y se lo pasaba en grande traficando con alcohol en su yate. Por otra parte, inició el rodaje de otro film, **“The Racket”** (**“La horda”**, 28), cuando el dinosaurio **“Hell’s Angels”** aún no había comenzado a caminar. La nueva película estaba basada en la historia de **Al Capone**, y como consecuencia de ello recibió amenazas de muerte de la Mafia.

La llegada del cine sonoro le planteó un grave problema a **Hughes**. Su monstruoso film de aviación era mudo y corría el riesgo de fracasar comercialmente. ¿Solución?, rodarlo todo de nuevo, claro está. Echó a la

actriz noruega **Greta Nissen** y le dio la oportunidad de su vida a **Jean Harlow**, lo cual hundió su relación con **Lombard**, ya que le había prometido a ella el papel. Al mismo tiempo su esposa **Ella Rice** pidió el divorcio, tras ver ropas de mujer en casa de su marido, y él se lió con **Randolph Scott**, un actor nefasto que se hizo con un hueco en el show-business gracias a su físico atlético.


Howard en compañía de Jean Harlow.

El 27 de mayo de 1930 se estrenó por fin **"Hell's Angels"**, en la presentación más grandilocuente de la época, con aviones sobrevolando el Teatro Chino de Hollywood, y las masas abarrotando las calles. Según la opinión de la gente que le conoció, aquélla fue la noche más feliz que vivió **Howard Hughes**. Después de esa histórica fecha, contemplaría la película en privado centenares de veces, satisfecho por haber plasmado su visión en la pantalla. La reacción del público fue muy eufórica y el film funcionó bien en taquilla, pero jamás se recuperó el dinero invertido. **Hughes** optó entonces por trabajar en proyectos más modestos, y rodó pequeñas películas como **"The Age of Love"** (**"La era del amor"**, 31) o **"Cock of the Air"** (32). Su desenfrenada vida sexual le llevó a involucrarse con una actriz casada, **Billie Dove**, y cuando el marido de ésta, el director **Irvin Willat**, empezó a dar el coñazo, **Howard** se limitó a comprarle a su mujer por la módica cantidad de 325.000 dólares en metálico. La negociación entre el magnate y el director fue muy cómica: **Hughes** le pidió a **Willat** que pusiese un precio a su esposa, y el tipo le hizo saber que no la vendería por menos de medio millón de dólares, pero al final se conformó con los 325.000. La cosa, sin embargo, no acabó ahí: **Howard** tuvo que pagarle otros 250.000 dólares a la Warner para que la liberaran de su contrato, y 85.000 al agente de la chica. Mucho dinero tirado a la basura, ya que **Dove** no tardó demasiado en iniciar una relación con una de las estrellas del siguiente film de **Hughes**, **"Scarface"** (32), el glamuroso **George Raft**. Claro que también es cierto que eso a **Howard** no le importó

demasiado. Lo que el deseaba era saltar todos los obstáculos para conseguir su presa, y una vez la tenía en su poder, perdía el interés por ella.

“Scarface”, protagonizada por **Raft** y **Paul Muni**, y dirigida por **Howard Hawks**, sería uno de los títulos más brillantes de la carrera de **Hughes**. Con dos actores tan carismáticos como **Raft** y **Muni**, y un director como **Hawks**, la cosa no podía fallar. Esta vez, **Hughes** introdujo el factor riesgo usando balas de verdad en el rodaje. Y, claro, no pudo faltar alguna víctima. El desafortunado fue un visitante al plató, que fue herido por una bala perdida. **Hughes** pagó los gastos de hospital y siguió usando munición real en el film. Tal y como ocurrió con **“The Raquet”**, **Hughes** volvió a recibir amenazas de muerte de la Mafia, por atreverse a rodar otro film con claras referencias a **Al Capone**, y tras el estreno, abandonó el cine una temporada.

Siguiente objetivo: la aviación. Entabló dos nuevos romances casi al mismo tiempo, con las actrices **Marian Marsh** e **Ida Lupino**, y sobrevoló el país con un co-piloto. **Howard** y su colega/empleado se dedicaban a aterrizar en la ciudad que les parecía, se presentaban por sorpresa en cualquier fiesta vestidos con sus uniformes de aviadores y eran recibidos como veteranos de alguna guerra. Allí se liaban con algunas tías, se acostaban con ellas y volvían al avión.



Katharine Hepburn y Howard Hughes en uno de los aviones del magnate.

La diversión llegó a su fin cuando su aparato se estrelló al lado del Mississippi. No hubo que lamentar desgracias personales, pero **Howard** decidió apartarse de los aviones por unos meses, y se involucró en una aventura más excéntrica aún. El hombre más rico dé América se disfrazó de vagabundo y viajó de incógnito en tren por toda la nación, con 100 dólares escondidos en sus pantalones, por si surgía algún imprevisto. A algunos seguro que este detalle os trae a la memoria un famoso film: **“Sullivan’s Travels”** (**“Los viajes de Sullivan”**, 41) del director **Preston Sturges**, pues si es así, acertáis de lleno, ya que **Sturges** basó esa adorable película en las aventuras del millonario **Hughes** oculto tras su nueva identidad de vagabundo. El caprichoso magnate compartió mendrugos de pan con *“homeless”* tiradísimos y a cada uno le contó una historia distinta de su

vida. Cuando se hartó de holgazanear con ropas harapientas y de sentir en sus carnes las carencias de los pobres, trató de ganarse unos cuantos dólares como fotógrafo de bodas, usando el nombre falso de **R. Wayne Rector**, y no tuvo problemas para introducirse en esa profesión. La particularidad de sus sesiones de fotos era que muchas veces lograba seducir a las novias, mientras éstas posaban con sus maridos, y siempre que podía, intimaba con ellas.

Una vez superada esta curiosa fase, **R. Wayne Rector** se moría de ganas por ser de nuevo el inmensamente poderoso **Howard Hughes**, y su retorno fue sonado: inició en pocos días romances con las actrices **Corinne Griffith** y **Lilian Bond**, y con uno de los actores más populares de Hollywood: nada menos que **Cary Grant**, novio estable de otro antiguo trofeo de **Hughes**, **Randolph Scott**. Lo que en un principio parecía una aventura más sin posibilidad de llegar demasiado lejos, se transformaría con los años en la relación más duradera que vivió **Howard Hughes**. Hicieron sexo en centenares de ocasiones, y cuando **Howard** cortó con las relaciones cuerpo a cuerpo, siguió manteniendo contacto con **Grant** por vía telefónica, y en algunas ocasiones en persona, pero ya sin nada sexual de por medio.

El desfile de mujeres no cesó. **Griffith** y **Bond** pasaron a la historia, comenzó a ver al mismo tiempo a **Katharine Hepburn** y a **Ginger Rogers**. En **Hepburn** más que una novia buscaba un colega, le encantaba su ambigüedad sexual. A **Rogers** la quería como esposa, pero ésta le rechazó y prefirió seguir con él como amante. Todo se complicó lo inimaginable cuando **Hepburn** inició el rodaje del film **“Bringing Up Baby”** (**“La fiera de mi niña”**, 38) con **Cary Grant**. La situación era compleja: **Hepburn**, novia más o menos oficial de **Hughes**, estaba rodando con **Grant**, novio permanente de **Hughes**, y en ocasiones se cruzaba por en medio **Ginger Rogers**, que se acostaba con nuestro hombre a escondidas. Con tanto lío es lógico que se produjese alguna escenita violenta antes o después, y hubo más de un enfrentamiento; en una ocasión, por ejemplo, **Hepburn** coincidió con **Rogers** y la hirió lanzándole un vaso a la cabeza.

Pero no todo era sexo y diversión para el gran magnate. En esa época, la vida de **Howard Hughes** comenzó a adquirir tintes dramáticos. Mató a un transeúnte en un accidente de coche —el asunto, obviamente, nunca llegó a los tribunales—, fue víctima de un intento de asesinato cuando se estrelló en un vuelo de prueba pilotando un avión que había sido saboteado por alguno de sus muchos enemigos —una vez más, salió ileso del trance— y sus fobias personales se dispararon de forma alarmante. Obligaba a que sus criados destruyesen los platos y los vasos en su presencia después de cada comida por

miedo a ser contaminado por extraños gérmenes, se lavaba continuamente, no usaba pasta de dientes convencido de que los fabricantes se servían de mortíferos componentes químicos que acabarían con él, y pasaba hasta seis horas encerrado en el váter defecando, leyendo revistas, lavándose y atendiendo sus negocios por teléfono. Pero lo peor de todo eran las moscas, eso sí que le mataba. Cada vez que una inocente mosca se colaba en el santuario de **Howard Hughes**, la vida se paralizaba, y todos sus empleados debían cazar al bicho a cualquier precio; un trabajo complicado si tenemos en cuenta que les prohibía usar insecticidas, por miedo, cómo no, a ser envenenado. El terror que le producía cualquier insecto a **Hughes** era tan extraordinario y exigía con tanta histeria que el bicho de turno fuese exterminado, que uno de sus trabajadores terminaría escribiendo una autobiografía titulada **"Yo cacé moscas para Howard Hughes"**. El procedimiento cuando un pequeño ser volador tenía el atrevimiento de plantarle cara al todopoderoso **Hughes** era el siguiente: todo el personal de la casa iba tras él, lo cazaban, el cadáver del intruso era colocado sobre una servilleta y **Hughes** lo pinchaba con una aguja para asegurarse de que estaba muerto y ya no suponía una amenaza.

Lo contradictorio del caso es que vivía aterrorizado por los gérmenes y los insectos, pero no le preocupaba pillar enfermedades venéreas. El destino siguió forzando las cosas, y **Hepburn** y **Grant** compartieron cartel en otro film, **"Holiday"** (**"Vivir para gozar"**, 38) mientras el inquieto **Howard** sumaba un nombre más a su trilogía sexual **Hepburn-Grant-Rogers**. La nueva conquista sería la mismísima **Bette Davis**, que fue reclutada por él con el único objetivo de que le hiciese buenas mamadas. Lo que le excitaba de **Bette** era su sex-appeal masculino, y mientras le hacía felaciones, trataba de imaginar que era un hombre. Más difícil le resultaba el coito con ella; al parecer tardó una temporada en conseguir penetrarla, ya que **Bette** era muy agresiva y le arruinaba las erecciones.

Entre tanto revolcón tuvo tiempo de planificar el viaje que haría de él una de las figuras más relevantes de su tiempo: su vuelta al mundo en avión. Lejos de sentirse atemorizado por el último accidente que había estado a punto de costarle el pellejo, **Howard** iba a afrontar el reto físico más duro de su vida. Y lo hizo con la misma alegría y despreocupación con la que encaraba cualquier conquista sexual. Atravesó el Atlántico e hizo escala en París, de ahí se fue en dirección a Rusia, volando muy alto sobre Alemania por orden de **Hitler**, que no quería que nadie contemplase sus bases militares, aterrizó en Rusia, donde asistió a una comida en su honor y recibió un telegrama de **Buster Keaton**

que rezaba: ***“Asegúrate de traer un pote de caviar”***, prosiguió su viaje hasta Alaska y finalmente llegó a USA, convertido ya en un héroe de su tiempo. Había logrado superar el récord de **Charles Lindbergh**, recorriendo el mundo en tres días. Ese viaje le daría un glamour a su figura que jamás habría podido comprar con dinero. No importaba lo que hiciese en el futuro, **Howard Hughes** ya sería para siempre uno de los grandes héroes americanos del siglo. ¿Y qué mejor manera de celebrarlo que añadiendo más nombres a su lista de conquistas?

En los siguientes meses siguió viendo a **Hepburn**, **Grant** y **Rogers**, cortó con **Davis**, y se ligó a **Olivia de Havilland**, a su hermana **Joan Fontaine**, a la *“high class”* **Gene Tierney**, al musculoso **Tyrone Power** y a **Lana Turner**. La virginal **Olivia de Havilland** sólo tenía 17 años y vio en él a su príncipe azul, hasta que se enteró de que también se acostaba con su hermana y se apartó de su lado ofendidísima. Con **Power** la cosa se redujo a sexo salvaje; el actor era tan promiscuo como él, así que no hubo problema. Más compleja fue su relación con **Lana Turner**. La sex-symbol rubia se negaba a hacerle fellatios, y eso ponía histérico a **Howard**, que en la cama, como en cualquier otro sitio, estaba acostumbrado a dar órdenes y esperar que se cumpliesen. Un ejemplo que ilustra su desmadradísima conducta sexual es la anécdota que le relaciona con otra famosa actriz cuyo nombre se ha mantenido hasta ahora en secreto. Al parecer, **Howard** se moría de ganas por seducirla, pero ella sólo accedía a mantener una relación de amistad. Asqueado de intentar cumplir su objetivo sin éxito, **Howard** la invitó a tomar una copa a su casa, y una vez allí, se retiró a una de las habitaciones de la mansión. Transcurrió un buen rato, y la mujer, extrañada, fue en su busca temiendo que le hubiese ocurrido algo, hasta que lo localizó en un cuarto, follando con una muñeca hinchable creada a imagen y semejanza de ella. **Howard** siguió penetrando a la muñeca en presencia de la actriz hasta correrse, y cuando terminó el numerito, la invitada abandonó la casa y no volvió a verle jamás.

Conforme iba creciendo su fama, poder y fortuna personal, **Hughes** empezó a introducir sus tentáculos en la jungla política. Fue en esa época cuando estableció sus primeros contactos con los dictadores **Batista**, de Cuba, y **Trujillo**, de la República Dominicana. Al mismo tiempo, se reavivó su interés por el cine, y plasmó en la gran pantalla su proyecto cinematográfico más polémico: **“The Outlaw”** (**“El forajido”**, 43). Esa famosa película que lanzó a la fama a **Jane Russell**, no fue creada con el objetivo de ofrecer cine de calidad al público, ni tan siquiera de arrasar en taquilla. **Howard Hughes** puso en marcha ese proyecto con una única idea en la mente: plasmar sus

fantasías sexuales en celuloide. **Jane Russell** era su nuevo juguete, y con ella se limitaría a practicar el "voyeurismo" más descarado y perverso, o en otras palabras: nada de sexo físico, **Russell** sería un juguete teledirigido que adoptaría las poses que él quisiese, se vestiría a su gusto y le excitaría a través de la cámara; todo ello camuflado dentro del entramado de un rodaje muy serio y profesional. **Hughes** ordenó a su equipo de ingenieros aéreos que diseñasen un sujetador especial que realzase los pechos de **Russell** (ninguno de ellos sabía una palabra de ropa interior femenina, pero evidentemente cumplieron el encargo del jefe) y, convencido de que la actriz acataría todas sus órdenes, se recreó cada día observando las nuevas filmaciones. Irónicamente **Russell** jamás llegó a usar ese sujetador, porque le resultaba muy agobiante, pero logró engañar a **Hughes**, y éste se masturbó infinidad de veces en su sala de proyecciones, creyendo que la actriz lucía el incómodo invento de sus ingenieros.

Howard Hawks dirigió gran parte de la película, pero estaba claro que éste era el sueño húmedo de **Hughes** y nadie más que **Hughes**, de modo que terminó echando al director y se encargó él personalmente de finalizar el rodaje. Ignoramos si **Russell**, que era bastante recatada y discreta en aquella época, fue consciente en su momento de hasta qué punto estaba siendo utilizada por **Hughes**; probablemente sí y lo aceptó de todas formas. De hecho, siempre se ha rumoreado que el magnate obligó a **Russell** y a los actores a rodar desnudos una versión pseudo porno de la película para disfrutarla en privado. Si existe o no esa versión alternativa de **"The Outlaw"** quizá no lo sabremos jamás. Como es lógico, el film provocó una gran polémica, y fue censurado varias veces a lo largo de los años, hasta que **Hughes** venció a los guardianes de la moral, y pudo ver su obra distribuida en todos los cines.

Como siempre, tras una temporada Hollywoodense, **Hughes** retomó su pasión por los aviones. El nuevo reto consistía en fabricar tres gigantescos aparatos para el gobierno, que debían ser utilizados en la 2.ª Guerra Mundial. También compró gran parte de la compañía TWA, y tuvo un grave accidente aéreo durante un vuelo de prueba junto a dos acompañantes. Ese fue su incidente más serio hasta el momento: los otros dos pasajeros murieron, pero él logró salir sano y salvo del siniestro. De nuevo, le plantó cara a la desgracia y consideró lo sucedido como un mal inevitable, un hecho que no iba a impedirle seguir jugando con sus carísimos aviones. Pese a tener tantos líos de cama, **Howard Hughes** era un genuino solitario, quizá debido en parte a la sordera parcial que padecía en un oído y que le incomodaba en las reuniones

sociales. Por eso, las cabinas de los aviones eran los lugares en los que se sentía más a gusto. Allí, solo y perdido en los cielos, rodeado de instrumentos de vuelo absolutamente impersonales, es donde encontraba su ideal de vida. Bajar a tierra suponía atender conversaciones que sólo captaba a medias, relacionarse con gente que se acercaba a él por su dinero, soportar la amenaza de los insectos y los virus (su cabina de vuelo estaba siempre tan limpia como un quirófano) y esquivar el acoso del FBI, que desde hacía algún tiempo controlaba todas sus conversaciones telefónicas. Aunque también contaba con importantes alicientes, como las nuevas conquistas sexuales, una de las grandes prioridades de su agenda diaria.

Cuando **Rogers** empezó a ponerse pesada y le exigió que cortase con **Hepburn**, **Howard** la mandó al infierno y no sólo no se separó de **Hepburn**, sino qué además siguió viendo a **Cary Grant** y a **Tyrone Power**, entabló una relación que duraría seis años con la actriz **Linda Darnell**, y trató desesperadamente de llevarse a la cama a **Ava Gardner**.

Intentar dominar a **Ava Gardner** era un capricho imposible. Muchos hombres lo habían probado antes, sin éxito. **Ava** era dueña de sí misma, y lo sería siempre. Pero eso es algo que **Howard Hughes** simplemente no podía comprender. Lo intentó todo, pero **Ava** le rechazó una y otra vez. A ella le divertía jugar con tipos poderosos como **Hughes**, y accedía a salir con él como amigos, pero cuando llegaba el momento de intimar, siempre le cortaba el rollo. Sus citas eran bastante esperpénticas. **Howard** tenía por costumbre salir con sus conquistas en un cutrísimo Chevrolet destartalado. No le interesaba poseer deslumbrantes Mercedes y Rolls, a él le gustaba su Chevrolet y no tenía la menor intención de cambiarlo por nada. Eso enfurecía a **Ava**, ya que su idea de una cita con **Howard Hughes** incluía un paseo en limousine, y una cena en un restaurante de moda. En lugar de eso, **Howard** la recogía con su mierdoso coche y se la llevaba a antros gays. Pero a cambio, su relación con él le garantizaba viajes gratis en todos los vuelos de TWA, lo cual no estaba nada mal. **Howard** había dado órdenes para que siempre guardasen unos asientos libres en sus aviones, y si **Ava Gardner** aparecía inesperadamente en un aeropuerto reclamando un lugar en primera clase para cualquier vuelo, debían cedérselo sin rechistar y no cobrarle nada.

La tensión sexual entre ambos fue creciendo hasta alcanzar límites explosivos. **Howard** seguía convencido de que iba a follar con ella, pero el momento no parecía llegar jamás. **Ava** todavía estaba ligada a su marido **Mickey Rooney**, y en una ocasión **Hughes** se tropezó con **Rooney** y le golpeó en la cara, algo poco común viniendo de un individuo como él, que

sólo arriesgaba su físico en los aviones. Finalmente, perdió los nervios por completo e intentó comprar literalmente a **Ava Gardner**. La oferta se la planteó a su hermana: le dijo que le entregaría una maleta llena de diamantes si **Ava** se casaba con él. Y evidentemente cuando ella recibió el mensaje, se sintió insultada; su respuesta fue bastante explícita: ***"Howard Hughes se puede meter sus diamantes por el culo"***. La frase, como es de suponer, no desanimó a **Howard**, que fue inmediatamente en su busca y la encontró, cómo no, follando con un torero mejicano. Entre todos los incidentes legendarios que protagonizó **Ava Gardner** a lo largo de su vida, ése fue uno de los más espectaculares. **Hughes**, enloquecido (imaginad la situación: un cutre-torero había conseguido a la mujer de sus sueños, y él no podía comprarla ni con maletas llenas de diamantes) derribó a **Ava** de un puñetazo, dislocándole la mandíbula, y ella le rompió una silla en la cara, destrozándole parte de la dentadura. A partir de ese momento, **Hughes** se vería obligado a llevar varios dientes postizos hasta el final de sus días, gracias a la caricia de la felina **Ava**. Una buena lección para nuestro encantador diablo.

En este punto de su vida, **Hughes** ya había asumido el papel de Emperador. Trataba directamente con la CIA, seguía construyendo los famosos tres aviones para el gobierno (uno de los cuales, el Hércules, era un verdadero monstruo aéreo que tenía pocas posibilidades de llegar a volar algún día), había entablado una guerra a muerte contra el FBI, conquistaba todo lo que se movía excepto a **Ava Gardner** (en los siguientes meses se metió a fondo en el sadomasoquismo homo con prostitutos, volvió a liarse con **Gene Tierney**, y entabló una relación con **Yvonne de Carlo**), se había rodeado de una verdadera legión de guardaespaldas y criados mormones que le protegían de las amenazas externas (y eso incluía desde los insectos hasta cualquier loco armado), tenía tratos con el gangster **Bugsy Siegel**, seguía en contacto con **Batista** y **Trujillo**, exhibía tranquilamente su anti-semitismo radical y le plantaba cara al sector judío de Hollywood, también luchaba contra la "amenaza comunista"… Era **Atila**, **Nerón** y **Hitler** en una sola persona: malo, poderoso, invencible. Hasta que un nuevo accidente aéreo le cambió la vida.

Borracho de ego y grandeza, cegado por la magnitud del imperio que había creado, se empeñó en hacer un vuelo de prueba sobre el cielo de Los Ángeles, una idea absurda, ya que ese tipo de vuelos siempre se llevaban a cabo en el desierto de Nevada, por si era necesario hacer un aterrizaje de emergencia. Pero él era **Howard Hughes**, el gran héroe de América, el hombre más poderoso de la Tierra. Nada podía salir mal. Y se equivocó. El

desastre tuvo consecuencias fatales: el avión empezó a fallar, **Howard** entró en pánico ya que estaba sobrevolando casas y no había forma de aterrizar, y fue a estrellarse en el jardín de una mansión, llevándose por delante el dormitorio de la actriz **Rosemary DeCamp**. En esta ocasión, **Howard** sí que salió mal parado: quemaduras muy graves, gran parte del cuerpo fracturado, etc. Le llevaron inmediatamente a un hospital, pero no había ningún médico de guardia, así que tuvieron que conducirle a otro centro, y en el camino, **Howard** sufrió como no había sufrido en toda su vida.

La recuperación fue lenta y muy dolorosa. Ordenó a sus ingenieros que le construyesen una cama de hospital siguiendo sus indicaciones (de nuevo, los pobres tipos no tenían ni idea de fabricar camas, pero le hicieron caso) y poco a poco fue sentando cabeza, mientras se sentía como un conejillo de indias, observado por el equipo del hospital, viéndose obligado a hacer sus necesidades en la misma camilla. Esa experiencia y otro incidente que viviría poco después, fueron las dos causas que provocaron su aislamiento voluntario del mundo real.



Una de las últimas apariciones públicas de Howard Hughes.

El segundo mal trago que le empujó a recluirse para siempre apartado de cualquier persona o animal, fue la obligación de testificar ante un jurado en el caso de los famosos tres aviones. Uno en concreto, el hidroavión Hércules, debía servir para transportar tropas a Europa, y **Hughes** había quemado increíbles sumas de dinero público en su construcción, pero era demasiado pesado y seguía sin elevarse del agua. La guerra ya había llegado a su fin, y estaba claro que el aparato nunca serviría para nada. El magnate, menos invencible que antes e infinitamente más fobioso y maniático, testificó en el juicio, y milagrosamente no tuvo que soportar ningún castigo ejemplar, pero el hecho de verse en esa situación, juzgado por el gobierno y acosado por las masas, trastocó su cerebro. Se sintió como si hubiese estado a punto de ser linchado públicamente, pese a que los ciudadanos seguían viéndole como un héroe, y tras demostrarle al mundo que su hidroavión, como mínimo, podía elevarse del agua (hizo una prueba y voló a lo largo de una corta distancia), encerró el aparato en un hangar para siempre, invirtiendo un millón de dólares en su mantenimiento cada doce meses, y él mismo se borró del mapa. A partir de ese momento, **Howard Hughes** sería un espectro, un ente abstracto al que sólo podrían acceder unos escasos privilegiados, en su primera etapa de reclusión, y casi nadie en sus últimos años. El mundo —la prensa, los medios, el público— no volvería a ver su rostro jamás. **Hughes** seguiría saliendo de incógnito al exterior durante una temporada, esquivando cámaras y periodistas, y terminaría cortando dramáticamente con todo.

Compró los estudios de cine RKO, siguió haciendo negocios con el gobierno (venta de armamento que fabricaba en otra de sus empresas (Hughes Aircraft) y comenzó a manejar todos sus asuntos exclusivamente por teléfono. Hasta ese momento había tenido por costumbre organizar reuniones con sus directivos en lugares tan poco comunes como su Chevrolet (los tipos debían hablar con él dentro de su coche) o el váter de su casa (les recibía en la bañera). Pero eso había pasado a la historia, sus nuevos empleados ni siquiera podrían conocerle personalmente. Aún estaba interesado en el sexo, pero la llama empezaba a extinguirse. Inició romances con las actrices **Rita Hayworth**, Jean Peters y Terry Moore, pero lo hizo ya desde su posición de personaje raro y extravagante, sin intención de satisfacer a sus amantes, y esperando que ellas soportasen sus fobias, que incluían lavarse de arriba a abajo en su presencia tres veces antes de acostarse con él, y tocar las puertas o los muebles con kleenex.

Hayworth se quedó embarazada, y **Hughes** lo obligó a abortar inmediatamente. Se casó con **Terry Moore** en un yate, pero lo hizo a una

distancia determinada de la costa para que el matrimonio no tuviese validez. Siguió viendo a la angelical **Jean Peters**, ocultándole sus relaciones con las demás, y se acostó con **Marlene Dietrich**, para irritar al director **Fritz Lang** (pareja de **Marlene** en esa época). Además, trató de comprar a **Liz Taylor**, ofreciéndole 1 millón de dólares a su madre —no hubo trato—, intentó acostarse con **Bettie Page** sin conseguirlo y fue arrestado en su Chevrolet mientras un chapero le hacía una mamada. Ese incidente intentó solucionarlo también a golpe de talonario: les firmó un cheque de 1 millón de dólares —su cifra favorita— a los polis, pero sin embargo éstos se negaron a aceptar la oferta.

Sus relaciones amorosas —o más bien de poder y control— se volvieron progresivamente más sórdidas y dramáticas. **Terry Moore** se quedó embarazada y tuvo el hijo, pese a saber que **Howard** odiaba los niños, pero tras dar a luz, el magnate pagó a los médicos que la atendieron para que simplemente matasen al crío y simulasen que ya había nacido muerto (no es un rumor: la propia **Moore** vivió el drama en directo, pero poco podía hacer una pobre actriz frente a un coloso como **Hughes**). También se encaprichó de la actriz **Jean Simmons**, esposa de **Stewart Granger**, y la esclavizó a un contrato de tres años con la única intención de seducirla. **Granger** llegó a admitir posteriormente que pensó en la posibilidad de matar a **Hughes**, pero al final prefirió esperar a que nuestro hombre se cansase de perseguir a su esposa.

Lo curioso del caso es que **Howard Hughes** era uno de los personajes más saciados sexualmente del mundo, tenía hombres distribuidos por todo el país cuya única misión consistía en localizar chicas jóvenes que quisiesen ser actrices y que estuviesen dispuestas a intimar con el todopoderoso **Hughes**; continuamente esos buscadores infatigables de cuerpos atractivos, le enviaban fotos de sus nuevos hallazgos al jefe, y si él daba el visto bueno, la chica elegida era instalada en un apartamento en Hollywood, y una vez allí, debía esperar la visita de **Hughes** cualquier noche, sin relacionarse con nadie ni salir nunca sola a la calle (como mucho, un chófer les daba un paseo en limousine). Era un servicio limpio y discreto: **Hughes** elegía a una de sus muchas chicas anónimas, llegaba a la casa, se acostaba con ella, se vestía y volvía a su mansión. Por eso, es chocante que persiguiese tan obsesivamente a actrices famosas que le rechazaban. Es evidente que lo que le atraía de esas mujeres no era el sexo en sí, sino tan sólo cazarlas.

Y lo cierto es que no pasó mucho tiempo hasta que su verdadera naturaleza de “voyeur” psicótico y amo y señor de seres, considerados por él,

inferiores, eclipsó su faceta sexual. Poco a poco, dejó de mantener relaciones sexuales con las aspirantes a actrices que tenía instaladas en apartamentos distribuidos por Hollywood, y se limitó a espiarlas y someterlas a una disciplina militar: no podían ver a nadie, siempre debían llevar sujetador, incluso cuando dormían, para que no se les deformasen los pechos, etc. Eran mujeres espiadas y analizadas como si se tratase de animalillos destinados para pruebas científicas. Cada día, **Hughes** leía los informes que le pasaban sus hombres, en donde se describía todo lo que había hecho cada chica el día anterior, hasta los detalles más tontos. Y se preocupaba en todo momento por el estado de sus pechos. Había diseñado incluso rutas especiales por calles bien asfaltadas, para que los chóferes las paseasen, ¡con el objetivo de que sus tetas no llegasen a deformarse por culpa de los baches!

La actriz que recibió un castigo más cruel por cruzarse en el camino de **Howard Hughes** fue **Susan Hayward**. Su idilio empezó bien, pero pronto se torció todo. **Hughes** llevaba una buena temporada abusando de su poder en RKO y obligando a su empleados a hacer cosas imposibles (en la película **"Underwater!"**, 55, sin ir más lejos, se empeñó en usar tiburones reales, y un actor fue atacado por uno de ellos). El nuevo antojo del jefe era **"The Conqueror"** (**"El conquistador de Mongolia"**, 56), un film basado en la historia de **Genghis Khan**, que deseaba rodar con **John Wayne** en el papel principal. La película no tenía ni pies ni cabeza: diálogos absurdos, ropas ridículas… el típico pastiche de Hollywood, y **Susan Hayward**, acostumbrada a protagonizar films consistentes, se negó rotundamente a obedecer. Pero, como siempre ocurre en estos casos, un contrato amenazaba con hundir su carrera si se negaba a intervenir en la odiada película, y al final no tuvo más remedio que dar su brazo a torcer. Una decisión equivocada que tendría un desenlace muy siniestro, tanto para ella como para quienes le acompañaron en el rodaje de esa fatídica película.

Resulta que **Hughes** había elegido el desierto de Nevada para ambientar el film y existía un peligro inminente de pruebas nucleares justo en esa zona. Un ciudadano normal no habría tenido posibilidad de enterarse de los planes secretos del gobierno, pero alguien como **Hughes**, que vendía armamento a la CIA, es más que probable que estuviese al tanto de lo que iba a suceder. Como se ha sabido posteriormente, el gobierno probó varias armas nucleares en Nevada justo en las fechas en que se estaba rodando **"The Conqueror"**, y gran parte del equipo de la película recibió una sobreexposición radioactiva, que en su día ni siquiera notaron (las detonaciones se hicieron lejos del lugar que ocupaban los actores, pero la radiación les alcanzó). El resultado fue

terrible: **John Wayne**, **Susan Hayward**, **Agnes Moorehead**, **Dick Powell**, **Pedro Armendariz** y un montón de técnicos del equipo contrajeron cáncer al cabo de un tiempo por culpa de las radiaciones (por supuesto, **Hughes** jamás visitó el rodaje, y se salvó de la quema). **Armendariz** se suicidaría al descubrir que había contraído esa enfermedad, pero los demás murieron poco a poco, por cortesía de **Hughes**. En su momento, el magnate, quizá sin ser consciente del alcance de sus acciones, disfrutó enormemente con la película, e hizo algo bastante extraño: un año y pico después de estrenarla, secuestró todas las copias del film, y se lo reservó para sí mismo. Según parece, **Hughes** lo proyectaba en su mansión, una y otra vez, mientras se masturbaba (conocemos ese dato por boca de sus empleados mormones). No hay duda de que se identificó al 100 % con el personaje de **Genghis Khan** que encarnó **Wayne**.

Tras rodar varios films más se hartó definitivamente de hacer películas. Sólo tenía una última idea en mente: convencer a **Ava Gardner** para que protagonizase el largometraje **"Carmen"**, y de ese modo, tal vez, llevársela por fin a la cama. Pero ella no tragó. **Hughes** fue a verla con una maleta que contenía 250.000 dólares y se la ofreció a cambio de su intervención en el film. **Ava** rechazó el dinero. Hundido, **Hughes** vendió RKO, se casó con **Jean Peters** e inició su última etapa de reclusión total.

Howard se instaló en el bungalow n.º 4 del Beverly Hills Hotel de L. A., y a su esposa la colocó en otro bungalow aislado. Había comenzado la pesadilla definitiva; todas sus manías, fobias y horrores se manifestarían de golpe. Su nuevo plan de vida era bastante triste: **Howard** pasaba los días desnudo en su habitáculo, con las persianas bajadas y el aire acondicionado desconectado, por miedo a que se colasen virus. El calor en su reducido espacio era agobiante y debía mojarse con agua a todas horas. Dejó de cortarse el pelo, no volvió a afeitarse, y tampoco volvió a cortarse las uñas de las manos y los pies. Orinaba en cápsulas de cristal que guardaba metódicamente como si fuesen un preciado tesoro, defecaba en el suelo, sólo leía revistas —nunca libros— que sus empleados debían quemar tras ser repasadas por él (consumía Time, Life, Newsweek y mucha basura porno), se tiraba montones de horas viendo la tele en su cama de hospital, caminaba sobre cajas de kleenex para no sentir el contacto con el suelo, que podía contagiarle alguna enfermedad, vigilaba pacientemente todos los rincones del sitio esperando divisar a algún posible insecto, dormía siempre sobre una capa de kleenex y obligaba a los escasos empleados que entraban en su habitación, a que lo tocasen todo también con kleenex. Su mujer tenía prohibido el acceso

a su bungalow, y el único visitante ocasional era **Cary Grant**, que debía sentirse bastante extraño viendo a su antiguo amante en esas condiciones. Tras varios meses de reclusión, se trasladó a una casa en Palm Springs con **Jean Peters**, pero no tardó en volver a su querido bungalow.

Ocasionalmente, **Hughes** alquilaba una sala de proyección en Hollywood, y se encerraba allí un mínimo de 72 horas, para ver films sin parar. Sus criados mormones custodiaban el cine y le abastecían de comida y bebida. Su pasatiempo mientras veía films era muy peculiar: desmontaba cajas de kleenex, y cuando todas estaban desmontadas, ordenaba al tipo que proyectaba los films que parase la sesión, y se entretenía montando las cajas otra vez. Una particularidad de sus maratonianas sesiones de cine era que solía orinar en el suelo del lavabo, nunca en el váter, y en lugar de limpiar los meados, colocaba kleenex encima. Transcurridas las 72 horas, volvía al bungalow, y le comunicaba a **Jean** que había pasado todo ese tiempo en un hospital.

Contrariamente a lo que podría parecer, **Howard Hughes** no se había vuelto loco. Tenía el cerebro un poco trastocado, pero conservaba todo su ingenio y su ambición. Y la prueba de ello es la cantidad de líos que organizó en los siguientes años. Contrató a un ex-agente del FBI llamado **Robert Maheu**, para que le representase en el mundo real, y comenzó a mover hilos. Entre otras muchas cosas, **Hughes** sobornó a **Nixon** pagándole tremendas cantidades de dinero, trató de comprar Nassau hasta que se dio cuenta de que había demasiados locales, terrenos y demás y lo dejó correr, participó en un complot para asesinar a **Fidel Castro** que no funcionó, consiguió no testificar nunca personalmente en ninguno de los juicios que le cayeron encima (en una ocasión, estaba obligado a presentarse a un interrogatorio relacionado con TWA ¡y envió a un actor que se hizo pasar por él!, logrando engañar a todos), compró una isla en las Bahamas y permitió que la CIA entrenase a tropas anti-castristas allí, adquirió algunos de los hoteles y casinos más importantes de Las Vegas, controló todos los movimientos de **Sinatra** y su adorada **Ava Gardner**, compró un canal televisivo para programar las películas que le viniera en gana, montó un centro médico para evadir impuestos, ayudó al gobierno colocando satélites espías sobre potencias extranjeras, intentó situar a un hombre suyo en la Casa Blanca cuando **Bobby Kennedy** fue asesinado, estuvo envuelto en el escándalo Watergate… Me parece que no hay duda posible, un demente no podría haber maniobrado con asuntos tan complejos.

Howard Hughes se había transformado en un desecho humano, pero tenía casi tanto poder como el Presidente. Dejó el emblemático bungalow y se

instaló en la 9.ª planta del Desert Inn de Las Vegas. Su reclusión iba minando poco a poco su salud, y para colmo contrajo adicciones a todo tipo de drogas (codeína, valium, demerol, etc.). Debía inyectarse las drogas él mismo, y muchas veces se le rompían las jeringas, y se quedaba con las agujas hipodérmicas incrustadas en la piel. Cuando los doctores corruptos que le pasaban drogas le reducían las dosis, ingería 30 aspirinas diarias. Por culpa de no haber usado nunca dentífrico, la dentadura se le pudrió, provocándole fuertes dolores que combatía con pastillas. Un tumor comenzó a deformar su cabeza. Los huesos se le agarrotaron y también tuvo que echar mano de calmantes. La sordera se agudizó y se vio obligado a ser examinado por médicos, algo que le producía pánico absoluto. Se alimentaba de helado de vainilla, sopas Campbell, galletas de chocolate, agua y bistecs de carne. Cuando su dentadura empezó a ponerle las cosas difíciles, dejó los bistecs y se pasó al pollo. De pronto un buen día decidió que el aire acondicionado era maravilloso, olvidó el asunto de los gérmenes y lo puso a tope, por lo cual sus empleados debían usar abrigos cerca de sus dependencias para no pillar una pulmonía.

Una de las cosas que le produjo más placer en la recta final de su vida, fue comprar el casino Sands de Las Vegas, un lugar que había sido hasta entonces una especie de hogar para **Sinatra**. Odiaba a La Voz con toda su alma, ya que le había arrebatado a **Ava Gardner**, y le puteó a gusto. Cuando la compra tuvo lugar, **Sinatra** estaba obligado a actuar varias semanas seguidas en el casino, y montó uno de sus números clásicos: rompió una cristalera con un palo de golf y trató de acceder a la 9.ª planta del Desert Inn para enfrentarse en persona a **Howard Hughes**, algo impensable para cualquier ser humano. Por supuesto no lo logró: los mormones le cortaron el paso a tiempo y **Frank** se fue del sitio maldiciendo los huesos de **Hughes**.



El aura de misterio que rodeó la figura de **Howard Hughes** en esos últimos años es fascinante. La prensa especulaba con la posibilidad de que **Hughes** hubiese muerto veinte años antes y sus empleados estuviesen manteniendo la ilusión de que seguía vivo para explotar sus empresas. Era un caso único en la historia, ¡nadie sabía cómo era su rostro a esas alturas de su vida!, y sin embargo se oían todo tipo de habladurías relacionadas con él: que no se cortaba las uñas, que iba desnudo de la mañana a la noche… Todas, informaciones reales, que en cambio parecían rumores sensacionalistas. Un pequeño detalle obligó a **Hughes** a salir de su encierro, para trasladarse de incógnito a otros lugares: los impuestos. Si seguía en Nevada, el gobierno le arrebataría una fortuna. Así que sus últimos años los pasó trasladándose de un lugar a otro, y sin embargo, el público siguió sin tener claro si realmente estaba vivo o no ya que la prensa no consiguió publicar ni una sola foto suya.

Hughes era trasladado de un país a otro de noche, envuelto en abrigos, con la cara tapada, organizando escapadas totalmente cinematográficas: dobles que se hacían pasar por él y despistaban a la prensa, trenes que se detenían varios kilómetros antes de llegar a las ciudades, aduanas en las que se le permitía entrar sin pasaporte (por el hecho de ser **Howard Hughes**, así de simple), hoteles que ponían a su disposición todo el personal para que pudiese entrar y salir de incógnito, etc. Fueron días muy movidos para **Howard**; tenía siempre su sombrero, su abrigo y su maletín de drogas a mano para salir huyendo si hacía falta. En una ocasión, un periodista hizo sonar la alarma de incendios de un hotel de Boston, con la intención de obligar a **Hughes** a salir corriendo, pero éste ni se inmutó, ya que estaba medio sordo y no oyó nada. Hasta ese punto había llegado la histeria colectiva, **Howard Hughes** era el gran objetivo de la prensa internacional: el hombre sin rostro,

el enigma. Y les burló a todos, una y mil veces. Vivía un infierno, pero por nada del mundo deseaba dejarse ver y recibir ayuda médica.

Sus huidas de los estados y los países eran a veces tremendamente complejas. Un trayecto en tren —nocturno, como siempre— que hizo de Boston a Las Vegas, por ejemplo, se vio interrumpido cuando el ferrocarril se estropeó, y enseguida, su guardia pretoriana tuvo que activar todos los mecanismos y echar mano de todas las influencias para sacar a **Hughes** de allí (bajo ningún concepto podía **Howard Hughes** llegar a una ciudad de día). Y lo consiguieron, alquilando un tren entero para él solo. Más terroríficas fueron las historias que vivió en Managua, un lugar que frecuentaba a menudo, ya que el dictador **Somoza** le servía en bandeja sus criados y sus hoteles. En cierta ocasión, hubo un terremoto, y **Hughes** fue sacado por sus hombres del hotel, mientras todo ardía a su alrededor. Le condujeron a una cabaña escoltada por soldados, y horas después le metieron en un avión hacia Miami.

Otro incidente lo provocó un ejército de militares estadounidenses: el gobierno quería obligarle a testificar en varios juicios y trató de secuestrarle en Managua y llevarle a USA, pero en el momento en que los militares asaltaron su hotel, sus guardaespaldas lo sacaron a escondidas por la puerta de emergencia y **Hughes** volvió de incógnito a Miami. El acoso era constante. **Hughes** ni tan siquiera podía usar las líneas telefónicas normales, ya que el FBI le vigilaba las 24 horas del día, y para esquivarlos llamaba a través de uno de sus satélites, lo cual le costaba 18.000 dólares al mes. Se había vuelto tan paranoico por culpa de las circunstancias que echó a **Robert Maheu**, el hombre que se había encargado de representarle en el exterior durante un montón de años, sin llegar a conocerle jamás en carne y hueso (**Hughes** nunca le recibió en persona, porque temía que si su mano derecha le veía tan deteriorado físicamente, le perdería el respeto).

Maheu era casi el único empleado que realmente sentía un cierto afecto por él, y le extrañó tanto el despido, que envió a un grupo de hombres a Managua para “liberar” a **Hughes**, convencido de que su jefe había sido secuestrado por sus subordinados. El “plan de liberación” no tuvo éxito, pero de todos modos, **Hughes** no habría deseado que le liberasen de nadie, salvo tal vez de sí mismo. Finalmente, se trasladó a Acapulco y allí se hundió del todo. Dejó de comer, se quedó ciego, empezó a sangrarle la dentadura… La muerte acechaba. Sus repugnantes empleados intentaron que firmase un testamento en el que se comprometía a dejarles toda su fortuna, pero ni en esas condiciones pudieron con él. **Howard** se negó a obedecer, y cuando ya prácticamente había perdido el conocimiento, los mormones le lavaron, le

cortaron las uñas de las manos y los pies, le afeitaron, le cortaron también la melena que le llegaba hasta el culo, y lo facturaron en un avión hacia Houston. **Howard Hughes** murió en pleno vuelo, seguramente la situación que él habría preferido para abandonar este mundo.



Nunca sabremos cuál fue exactamente la enfermedad que acabó con **Hughes**, pero se cree que se trataba del SIDA, ya que padecía todos los síntomas clásicos. Se conocen casos aislados de SIDA que datan de los años 50, pese a que en su día no se diagnosticaran como SIDA, y **Hughes** falleció en 1976, de modo que es muy posible que fuese ésa la enfermedad que le mató.

En el mismo momento en que se hizo pública la noticia, centenares de buitres se lanzaron a por su fortuna, pero **Howard Hughes** fue quien rio el último. Los empleados que le habían chupado la sangre en la recta final de su vida no heredaron ni un centavo. Incluso después de muerto, el bueno de **Howard** se salió con la suya.